

Conde: el ocaso de los falsos dioses

LA intervención del Banco de España en Banesto ha sido sin duda un hecho de gran importancia en el mundo económico que se presta también a ciertas consideraciones de carácter social. Se inserta en un proceso de desencanto dentro del cual adquiere un papel no tanto desencadenante cuanto acelerador. En cuanto la crisis ha hecho temblar la ciudad, los «dioses» de barro que nos dirigieron la cultura social de los ochenta tan caído por sus pies de cristal.

El imaginario social de «Los prósperos ochenta» se acaba. Como Banesto, empezó a mostrar sus primeros síntomas de desfallecimiento al final de la década, si bien su imagen aguantó el tirón hasta la clausura del mítico 92 en el que tuvo un papel principal. Pero el reverso de la última medalla olímpica comenzaba a destapar ya la «cara oculta» de muchos «triunfos». Se desgranaba un interminable rosario de irregularidades técnicas y legales, manipulaciones, corruptelas y demás vicios con los que se habían cerrado muchos de los negocios del momento. Los cimientos de lo que parecía un sólido despegue hacia la modernidad se asentaban en un suelo extremadamente frágil. El encanto de aquellos años (en realidad pocos) se nos esfuma ahora con rapidez.

El caso de Banesto presenta un gran paralelismo en la cronología de ese proceso de prosperidad y crisis. Estrechamente ligada a este proceso, está la figura de su antiguo presidente, Mario Conde. Desde el 28 de diciembre han pasado muchas cosas. Cabe suponer que el arquetipo social construido, muy especialmente, a partir de la figura de Conde, haya sufrido un justo deterioro y se encuentre en un proceso de profunda revisión y crítica. Esta revisión necesaria no es a Conde como individuo, sino a uno de los rostros de nuestra conciencia colectiva.

EL contexto. *El ascenso de una figura pública como la de Mario Conde alimenta y delata a la vez todo un contexto socio-económico. El sistema financiero español estaba en pleno auge de actividad. Al amparo de reformas legislativas de años anteriores y de una coyuntura económica en la que se acentuó, como vía de hacer negocio, el atractivo de la actividad específicamente financiera, se multiplicaba el volumen y la variedad de operaciones. La Bolsa en plena efervescencia proporcionaba espectaculares ganancias en operaciones especulativas. Se propagaba la impresión de que, con un par de operaciones afortunadas, era posible multiplicar el patrimonio personal en poco tiempo. Nace el culto al «dinero fácil» fomentado por un creciente afán de consumo y de exhibición social de un alto poder adquisitivo. Surge también la «cultura del pelotazo». Se venden empresas a precios desorbitados y se atrae así capital extranjero. Aparentemente y de forma llamativa España parece atravesar un período de bonanza económica.*

La cultura. *Se entra en una cultura en la que hacer dinero se ve como una meta social muy importante... No se habla ya de solidaridad, sino de prosperidad individualista. Se desarrolla toda una jerga del mundo económico que despierta alto interés entre la gente que se ve en la necesidad de tener que asimilarla. Se editan largos artículos sobre el tema.*

Nacen muchas nuevas publicaciones especializadas en economía. Como símbolo, el «papel salmón» bajo el brazo del paseante urbano sustituye al «papel amarillento» del libro

político. En los años setenta en España primaba lo político. El joven español de aquel decenio tenía, como paradigma de juventud, los ideales del cercano mayo del 68 francés. Ahora en la década de los ochenta toma el relevo la economía que parecía relegada a segundo término. Estos nuevos jóvenes, totalmente insertos y satisfechos en el sistema capitalista, se alejaban de la generación juvenil precedente. Desaparece de las facultades el joven de pelo largo y vestimenta «progre» y ha sido sustituido por el universitario de pelo corto, aspecto pulcro y camisa a rayas verticales. Es la imagen que dan los más prestigiosos «yuppies» que triunfan en el mundo. Ya no se mira a Roma, Moscú, Washington. La mirada se fija ahora en Wall Street.

LA imagen. *Así, la imagen social de nuestro esplendor económico se centró en esos enriquecimientos patrimoniales. El grueso de la clase política promovió este nuevo culto social. Incluso no pocos participaron en ese culto de lleno y con alardes como es el caso de célebres chalets que compatibilizan la ética socialista y la ética de lujo. Todos estamos dispuestos a convertir en mito al hábil negociante, al especulador de fortuna, atribuyéndole los valores más meritorios. Parecería que a ese «triunfador» ya no hay que exigirle otra credencial que un ingente y acelerado crecimiento de su patrimonio o de su poder económico. Importa menos cómo lo haya conseguido o saber si detrás de esa figura hay o no una persona capaz de aportar a la sociedad ideas, soluciones o procesos de renovación de verdadero interés colectivo.*

Aunque no varían fundamentalmente las quinientas familias más importantes que componen la élite social española, nacen los nuevos ricos. Estos nuevos ricos son la cabeza de iceberg de una ascensión general del nivel de vida en muchos ciudadanos. Hacen falta nuevos modelos sociales que legitimen el nuevo estatus de esos nuevos ricos. Hay fiebre por nuevos signos de distinción como son el auge del consumo suntuoso (los objetos de diseño), el chalet, la primera comunión como rito de iniciación de los niños en sociedad, el

máster... En esa cultura, el ex presidente del Banesto es un modelo de «nuevo rico» a seguir.

Los grandes nuevos ricos forman el fenómeno conocido como «la gente guapa». Estas «figuras» se acogen a la fuerza simbólica de grandes signos: yates, vacaciones, aviones, etc. La imagen de Banesto y su entonces presidente se convierte en un mito del momento con un significativo poder de atracción para los jóvenes que se están formando y preparando para el relevo generacional.

Las claves. Este tipo de «nuevo rico» que triunfa espectacularmente, tiene, por supuesto, una buena formación académica y profesional. Pero sobre todo posee una gran habilidad para introducirse en la titularidad de una empresa y venderla a un comprador (cómo no, extranjero) a precio de oro. Buena parte del flujo de capital extranjero se canaliza hacia bolsillos particulares. La mediación financiera propiciaría buenos intereses para los rentistas. Parece importar menos que los hábiles vendedores perpetúen así unos defectos largamente lamentados en nuestra tradición económica como son la excesiva dependencia de la mediación financiera. Es verdad que el ex presidente de Banesto, además de exhibir su éxito personal y contemplar su encumbramiento como figura pública, decidió utilizar su recién creada fortuna, y sus entrenadas habilidades como negociador, para reintroducirse en el mundo de los negocios. Una nueva victoria en la lucha por el poder empresarial, le colocan en la presidencia de Banesto.

EL éxito acompañó a los envites del nuevo banquero; ese tipo de éxito que era el único requisito reclamado por los nuevos valores sociales para atribuir mérito al protagonista. Ni entonces ni a lo largo de su trayectoria en Banesto se comprobó si el nuevo ídolo, junto a contrastadas capacidades para enriquecerse, ofrecía también garantías de ser buen gestor de un gran banco, capaz de aportar buenas ideas en la línea de soluciones por la que abogan desde antiguo los más acreditados analistas del sector.

La sacudida. El declive de estos ídolos es el declive de una España que vive la resaca de sus excesos. Los tiempos de crisis son momentos de selección de mitos. El del yuppie tocó final en todo el mundo. El señorío económico llevó a encumbrar a los yuppies como nuevos héroes sociales. La crisis de los Noventa les ha devuelto a su lugar bajándoles en un tercio sus antes inflados salarios, redefiniendo su estatus profesional y destinándolos a provincias. La experiencia de «descenso» en su clase social ha producido no pocas depresiones, situación que tiene también gran fuerza simbólica en una sociedad «deprimida» por los tiempos de recesión que vive. El ejecutivo agresivo desbordó lo económico para tocar lo social y lo político. El ex presidente de Banesto había sido visto como un posible «Ciudadano Kane» y las sospechas de participación en un «Tercer Partido» se siguieron publicando hasta el final. Esas sospechas eran justificadas dadas las frecuentes intervenciones públicas de Conde en cuestiones de política, sociedad civil, medios de comunicación, mundo académico, etc. Pero ese nuevo tipo de liderazgo socio-económico no cuajó por la misma razón por la que los años ochenta no transformaron estructuralmente la economía española, sino sólo superficialmente. España por desgracia carece de una sociedad ciudadana participativa que a través de asociaciones lidere procesos de regeneración.

El futuro. Esta crisis mundial sacude despiadadamente a una sociedad que ha puesto neciamente su confianza en el economicismo como principal criterio de todo lo social.

AL margen de lo que profesional, técnica y deontológicamente sea salvable o reprobable en la gestión de Conde (sin duda hay de todo) nos cabe a todos mirarnos a nosotros mismos. Quizá nos encontremos con la dolorosa sorpresa de haber sido demasiado incautos y superficiales en la selección de nuestros modelos de identificación. Tal vez hemos sobreestimado como valores en alza comportamientos que en realidad eran estériles. La actual crisis nos hace ver que las energías empresariales deberían aplicarse también a fines mejores y más rentables socialmente que el amasar fortunas personales. Nuestros

jóvenes tendrán que valorar más el rigor y el esfuerzo académico y profesional que el éxito individual. Para construir mejor la realidad parece necesario consumir menos seriales televisivos como *Dallas* y *culebrones* afines.

En estos tiempos de crisis las sociedades suelen purgar sus «pecados» e incluso sacrificar algún «chivo expiatorio». Ni Conde ni el espíritu de los ochenta generaron la reforma estructural que reclamaba España ni en la banca ni en la vida económica y civil. El «yuppie» agresivo y deslumbradoramente triunfador tenía no poco de artificioso y aun caduco. Pero el problema es más amplio. Nuestra sociedad mundial necesita un giro estructural. El capitalismo tiene que afirmar, y no sólo en enmoquetadas conferencias para públicos distinguidos, su función social, nuevos modelos de estilo de vida y desterrar de sus comportamientos la insolidaridad. La crisis obliga no sólo a reconocer el pasado sino a modificar las conductas hacia el futuro. Nuestra sociedad tiene que revisarse a sí misma, «pensarse como sociedad». El artificio de los ochenta generó falsa riqueza y desigualdades. Es la hora de **pasar del economicismo a la socioeconomía** donde «el factor social» sea el principal criterio.

EINSTEIN escribió que «para una generación y para el curso de la historia, las cualidades morales de las personalidades importantes tienen más significado que los logros puramente intelectuales». Si preferimos el culto facilón al triunfador al ejercicio serio de las vías de participación económica a nuestro alcance nos estamos haciendo inviable nuestro propio futuro.